

Trabajando en los límites del lenguaje. La propuesta wittgensteiniana para las ciencias sociales

Silvia Rivera (UBA/UNLa)

Introducción

Mucho se ha escrito acerca de rupturas y continuidades en la filosofía de Ludwig Wittgenstein. Sin avanzar en un estudio minucioso de la cuestión, y haciéndome cargo de las (por fortuna) “inevitables” transformaciones que atraviesan todo pensamiento consonante con la vida, considero posible afirmar que la preocupación por el lenguaje y sus límites recorre la obra de este filósofo, reuniendo sus hilos en maravillosa trama que es al mismo tiempo una y múltiple; semejante y diversa. Trama reconocible a pesar de su constitutiva dispersión en virtud de los “rasgos de familia” que la distinguen. Entre estos rasgos, destaco la afirmación del carácter modelador del lenguaje, ya que para Wittgenstein, en sentido estricto, no hay mundo sin lenguaje, ni lenguaje sin límites. Este es el segundo rasgo: en ausencia de un lenguaje perfecto, capaz de expresar de modo eminente el orden también perfecto del mundo -natural y social- sólo queda la extrema contingencia. Todo pudo y puede ser de otro modo. A la contingencia del límite sigue, pues, la radicalización de la responsabilidad que todos tenemos a la hora de definir los significados y, a partir de ellos, el mundo que modelan. El tercer rasgo es la reformulación de la ética. Ética que deja de ser discurso sobre el bien o el deber, para convertirse en actividad de mostración de los límites. Emerge entonces, y como cuarto rasgo constante en el pensamiento de Wittgenstein, la indeclinable convicción de la imposibilidad de un ascenso metalingüístico. En la relación de conocimiento el lenguaje se ubica siempre del lado del sujeto. La negación del metalenguaje corresponde a la imposibilidad del lenguaje de devenir objeto de sí mismo -de decirse a sí mismo- y este es el límite. La versión más extrema del límite es sin duda la que se manifiesta en el lenguaje y sobre los límites del lenguaje no cabe en modo alguno hablar, pero por supuesto sí actuar.

Este breve, y sin duda injusto, compendio de rasgos que hilvanan el legado wittgensteiniano, confío nos permita vislumbrar la relevancia de su aporte en el campo propio de las ciencias sociales. Ciencias “sociales” o “humanas”, que luchan por una identidad que les resulta esquiva en tanto se erigen frente a un ideal de ciencia que las disciplina o las excluye; pero de un modo u otro las interpela siempre, impulsando una reflexión acerca de su objeto, método y muy especialmente acerca de los objetivos de su hacer.

Cabe aclarar que se trata de un aporte que no se encuentra de modo sistemático en ninguno de sus textos. En todo caso los atraviesa,¹ concentrándose en algunos nodos identificables como las *Observaciones a los fundamentos de la Matemática*, y dos manuscritos publicados en español a fin del siglo XX con el título “Filosofía” y “Observaciones a la Rama Dorada de Frazer”.² Llama la atención que, en más de una ocasión, iguales o muy semejantes párrafos se encuentran en ambos manuscritos. Y aun considerando que los títulos han sido adjudicados por sus editores, creo posible arriesgar una clave hermenéutica a la hora de significar tal coincidencia. La filosofía, en el sentido positivo que Wittgenstein otorga a este término se presenta como

¹ Este carácter transversal puede apreciarse especialmente en el único libro del llamado “segundo Wittgenstein” que dejó listo para su publicación, esto es, las *Investigaciones Filosóficas* (Wittgenstein, 1988) y que presenta las principales herramientas conceptuales que Wittgenstein acuña a partir de 1930.

² En este trabajo me concentraré principalmente en los manuscritos “Filosofía” y “Observaciones a la Rama dorada de Frazer”. Los elementos para la construcción de una teoría social que Wittgenstein presenta en *Observaciones a los Fundamentos de la matemática* se despliegan con mayor énfasis en el artículo “Wittgenstein y las ciencias sociales” (Rivera, 2007).

actividad de crítica del lenguaje, esto es de mostración de sus límites, que cada vez más se realiza en el terreno propio de las ciencias sociales.

De la Perspectiva Lógica a la Antropológica

Por supuesto no se trata de negar las diferencias entre el *Tractatus lógico-philosophicus* y las *Investigaciones Filosóficas*, pasando por las obras llamadas intermedias.³ Estas diferencias se concretan en la fragmentación del lenguaje, que se aleja del universal planteado por la lógica para tomar cuerpo en lenguajes comunitarios estudiados por científicos sociales. Los rasgos constantes se sostienen sin embargo más allá de la dispersión. No sólo se sostienen sino que aún se fortalecen en tanto la problemática del límite y la imposibilidad del metalenguaje se destaca con mayor énfasis en un espacio atravesado por lenguajes múltiples, sin posibilidad de ser mensurados o jerarquizados dada la ausencia de regla de medir común a todos ellos.

Ahora bien, avanzar en la comprensión de la vinculación que Wittgenstein establece entre límites del lenguaje y ciencias sociales supone, a mi juicio, introducirse en el centro de la propuesta wittgensteiniana. Como además esta propuesta se despliega temporalmente a lo largo de toda su obra, es necesario recorrerla desde el *Tractatus lógico-philosophicus* hasta sus últimos escritos.

En el *Tractatus* el estudio del lenguaje se aborda en clave lógica, en el nivel sintáctico y semántico. Es pues la lógica la disciplina señalada para dar cuenta de los límites. O, más precisamente, es la encargada de establecerlos.

Los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo.

La lógica llena el mundo; los límites del mundo son también sus límites. (Wittgenstein, 2007: 110).

Mostrar los límites del lenguaje requiere explorar hasta las últimas consecuencias el espacio lógico de posibilidades para la construcción de las proposiciones de la descripción del mundo que en cada caso es para nosotros. Aproximarnos al límite de lo decible, es también llegar al límite de lo pensable, lo percible, aún lo imaginable, dado que “de un mundo ilógico no podríamos, en rigor, *decir* qué aspecto tendría” (Wittgenstein, 2007: 56). De tal mostración se ocupa la filosofía, bajo la forma del análisis lógico de proposiciones. Análisis lógico que no pretende construir un lenguaje perfecto, a la manera de Russell y Frege,⁴ porque como dice Wittgenstein la filosofía “delimita lo pensable y con ello lo impensable. Debe delimitar desde dentro el ámbito de lo impensable por medio de lo pensable” (Wittgenstein 2007: 73).

La filosofía no es pues teoría sino actividad, que bajo el signo de la lógica nos ubica en las fronteras del sentido y nos invita a modificar el mundo trabajando sobre sus límites de modo tal que el sentido se transforme aunque los hechos no cambien (Wittgenstein, 2007: p. 130). La voluntad es el soporte de la ética. Voluntad que identificada con el deseo -que no es ya representación de la acción sino la acción misma- es la posibilidad única para que el sujeto en sentido fuerte entre en escena.⁵

³ Se aplica el rótulo de textos intermedios a aquellos que corresponden a los años 30, destacándose entre ellos las *Observaciones Filosóficas* y la *Gramática Filosófica* (Knabenschuh de Porta, 2007).

⁴ Russell adjudica a Wittgenstein este objetivo, sin duda a partir de una asimilación ilegítima de los propósitos de su alumno a los suyos, tal como se lee en la “Introducción” que Russell escribe al *Tractatus* y que se publicó junto con el libro: “Para comprender el libro de Wittgenstein es preciso comprender el problema al que se enfrenta. En la parte de su teoría que se refiere al simbolismo se ocupa de las condiciones que se requieren para conseguir un lenguaje lógicamente perfecto”

⁵ El sujeto de la ética es el sujeto en sentido fuerte porque el sujeto de la representación o sujeto pensante no es sino la suma de todas las proposiciones posibles del lenguaje, de ahí que los límites de ambos coincidan. Asistimos así a una franca disolución lingüística del sujeto de conocimiento (Rivera, 2013).

Las proposiciones finales del *Tractatus* nos enfrentan con la radical dimensión ético-epistémica de los límites, ya que es el reconocimiento de la contingencia del mundo modelado por el lenguaje condición necesaria para la acción transformadora. La praxis demarca las fronteras de una racionalidad construida bajo el signo de la universalidad formal que remite una y otra vez a las condiciones materiales de su construcción.

Décadas después, la indagación en esas condiciones materiales lleva a Wittgenstein a rengar de la generalidad del abordaje lógico del lenguaje que ensayó en su primer libro, para anclar decididamente en el suelo áspero de las prácticas lingüísticas cotidianas. La praxis se concreta en prácticas y los límites no se reducen a aquellos establecidos por la razón formal, sino por el intercambio efectivamente reglamentado de sujetos históricos. La filosofía se aleja de la lógica para aproximarse al terreno propio de las ciencias sociales, y entre ellas, la antropología se presenta como ejercicio intelectual indicado para señalar límites, pero ahora a través de descripciones situadas de prácticas lingüísticas comunitarias.

Las Ciencias Sociales reformuladas

Si las ciencias sociales son los saberes con potencial epistémico –y también ético- para dar cuenta de la diversidad de juegos de lenguaje conjurando pretensiones metalingüísticas, es decir, exponiendo claramente la inconmesurabilidad que los caracteriza e inhabilitando en consecuencia toda presentación de erigir alguno de ellos en “juegos de juegos”, se impone como condición primera revisar los supuestos cientificistas que aún resuenan en estas ciencias. Revisar, entre otros, el supuesto de universalidad que se atribuye a la ciencia que lo coloca en posición de ser un super-juego y no un juego de lenguaje como otros, con sus propias reglas, entre ellas el hecho de regirse por la dupla verdadero-falso. Universalidad: de “uni-verso” o lengua única, privilegiada, objetiva y neutral (Lizcano, 2009) A la tarea de desconstruir estos supuestos dedica Wittgenstein sugestivas reflexiones, compiladas bajo el los títulos de “Filosofía” y “Observaciones a la rama dorada de Frazer”. A pesar de su aparente dispersión – pero siempre desde la perspectiva del límite- estos textos nos acercan interesantes instrumentos para avanzar en una reformulación de las ciencias sociales, que nos permita superar las categorías propias de las discusiones tradicionales sobre el estatuto de tales dominios de saber.

En primer lugar se encuentra la cuestión del objeto de estudio y está claro que este es el lenguaje entendido como práctica social institucionalizada. Es pues a las instituciones donde se construye, enseñan y reproducen las herramientas lingüísticas en cada forma de vida hacia dónde hay que dirigir la mirada. Una mirada que debe ser primero transformada, tal como indica Wittgenstein (Wittgenstein 1997a: 172), entrenada en una tarea de reconocimiento que no hace trampa, es decir que frente a los límites evita la tentación de trascenderlos y también de sublimarlos. En el primer caso los límites se relativizan en tanto dejan de ser infranqueables para transformarse en instancias que nos abren a lo trascendente, con márgenes accesibles al metadiscurso privilegiado. En el segundo caso los límites se conjuran, ya que reconociendo su irrebabilidad se decide hacer de ella el lugar del fundamento. Es sin duda el dogmatismo lo que se sigue de esta última estrategia, que renueva universales, propone consensos, desvitaliza la crítica efectiva, es decir la crítica situada en el arraigo y compromiso con una forma de vida.

Por el contrario, hacer del lenguaje –en el sentido wittgensteiniano del término- el objeto de las ciencias sociales nos permite superar el aparente dualismo gnoseológico entre un sujeto y objeto de conocimiento que se traduce en abordajes objetivistas o subjetivistas de las ciencias sociales (Rubinstein, 1981), ya que es en la práctica de uso del lenguaje donde ambos se constituyen. Devenimos sujetos usando un lenguaje al tiempo que es la identidad en el uso que hacemos de las palabras aquello que fija la identidad de los objetos del mundo, de cada mundo o, mejor aún, de cada forma de vida comunitaria.

Está claro que el trabajo sobre el lenguaje y sus límites difiere de la investigación del filólogo, y también la del metalógico o la del filósofo metafísico (Wittgenstein, 1997a:175), variedades

ambas de la filosofía patológica, que trafica con abstracciones, nos aleja de las prácticas y por lo tanto empobrece nuestra capacidad de acción. Frente a esto, aparece la filosofía terapéutica, que se reconoce iconoclasta en su tarea de destruir ídolos: “Y esto significa no crear ninguno nuevo –por ejemplo, ‘la ausencia de un ídolo’” (Wittgenstein, 1997a: 176).

Resta aún aclarar cuál es el método de la filosofía terapéutica o filosofía que destruye ídolos, que nos previene contra las trampas de usos espúreos que alejan al lenguaje de la vida. Filosofía terapéutica que nos permite relevar tanto los usos del lenguaje como sus límites, sin caer en desmesuras metalingüísticas o de cualquier otro tipo. La respuesta de Wittgenstein es contundente: dar cuenta de aquello que nos constituye sólo puede realizarse describiendo, renunciando al mito de la explicación y a la solemnidad de la fundamentación: “La filosofía no debe violar de ninguna manera el uso real, efectivo del lenguaje, lo que realmente se dice, en última instancia sólo puede describirlo” (Wittgenstein; 1997a: 179).

Ocurre sin embargo que no es fácil renunciar a la tarea explicativa, ya que la explicación se ha convertido en un importante ídolo o mito de la ciencia moderna. Explicar supone subsumir la particularidad bajo leyes universales para conjurar la dispersión de singularidades potencialmente anárquicas. Y, a partir de esta subsunción, fijar regularidades, establecer causalidades y habilitar predicciones que permiten efectividad en la manipulación.

Wittgenstein reniega absolutamente de este destino para todos los saberes, pero en especial para las ciencias sociales. El concepto que ayuda a entender de qué modo la descripción es el modo de encarar el estudio de los juegos de lenguajes y las formas de vida que les corresponden es el concepto de “visión sinóptica” o “representación perspicua” que no son sino diferentes posibilidades de traducción para un término único “Übersicht” que como el propio Wittgenstein reconoce, “tiene para nosotros un significado fundamental” (Wittgenstein, 1997b: 151). Es esta una de las categorías introducidas por Wittgenstein en su obra tardía, junto con “juegos de lenguaje”, “formas de vida”, “parecidos de familia”, “criterios” y “reglas”.

La “representación” o “visión” perspicua –Übersicht, en alemán- es un ejercicio intelectual que se hace cargo de esa transformación de la mirada reclamada por Wittgenstein (Wittgenstein, 1997a: 178 y 1997b: 151)⁶. Mirada que se concentra ahora en las conexiones, ya que se trata de ubicar los “*eslabones conectantes*”, esos que vinculan prácticas y conceptos. Wittgenstein nos aclara que hay diversas maneras de ensamblar o conectar datos. Elegir eslabones hipotéticos es una alternativa que se caracteriza por señalar la semejanza entre hechos. Y también se refiere Wittgenstein a la posibilidad de ensamblar datos a través de eslabones formales, evolutivos o históricos. ¿Pero es exhaustiva su enumeración? Me inclino a pensar que no, que la posibilidad queda abierta para elegir otros modos de “ver las cosas”, por ejemplo enfatizando eslabones conectantes políticos. Es aquí donde Wittgenstein nos alienta, frente a todos estos modos posibles, a ensamblar “correctamente” lo que se sabe, lo que se describe, recordando siempre que somos responsables del modo de descripción elegido.

Las cosas parecen complicarse entonces cuando Wittgenstein, conforme a su estilo poco sistemático, no se detiene en aclaración acerca de qué significa ensamblar “correctamente”. A pesar de esto la respuesta puede buscarse en la orientación general de su obra, en su preocupación constante por la dimensión política de todo discurso y por la dimensión ética del manejo de las reglas que estructuran una forma de representación dada.

Llegados a este punto, podemos afirmar que para Wittgenstein las ciencias sociales en general, y la antropología en particular, deben describir. Describir precisamente los “eslabones conectantes” que en cada caso unen prácticas y conceptos. Descripción realizada en los términos propios de la forma de vida estudiada, y no con el objetivo de explicar o predecir hechos futuros sino para hacer manifiesto a los propios actores el especial vínculo –de legitimación, subordinación

⁶ Los párrafos en los que Wittgenstein se refiere a la representación sinóptica o perspicua se replican tanto en el texto “Filosofía” como en “Observaciones a la rama dorada de Frazer”.

o crítica entre otras- que en cada caso mantienen los discursos que tejen la trama de la vida social con las condiciones materiales de su existencia.

Es decir que la transformación del trabajo intelectual que propone Wittgenstein, y que elige la descripción en detrimento de la explicación, supone una modificación sustancial del objetivo último de las ciencias sociales. Objetivo vinculado a la acción transformadora, ya que en este caso la descripción no pretende dar cuenta objetiva de hechos, sino mostrar las relaciones de poder que vinculan prácticas y conceptos en las diferentes formas de vida. Lejos de dejar todo como está, la descripción que se ejercita bajo la forma de la visión sinóptica o perspicua acepta la no neutralidad de los usos del lenguaje y por lo tanto de las reglas que los establecen. Con la claridad y la transparencia que otorga acceder a la “justa” visión del modo como nuestras palabras funcionan en los diferentes dispositivos históricos, es posible tomar posición a la hora de decidir una acción transformadora que modifique nuestro mundo al trabajar sobre los límites del lenguaje. La ética como la política se ubican en el centro de la práctica científica, y no en la periferia, como un agregado o apéndice tardío.

De este modo, liberada de los metalenguajes y de quienes los administran, las descripciones de los científicos sociales nos acercan instrumentos para acceder a las bases mismas sobre las que se asienta el edificio de las creaciones de cada grupo social, para desde allí poder operar cambios sustantivos en los significados que articulan o mejor aún definen nuestras formas de vida. Son los cimientos que Wittgenstein reclama al expresar en el aforismo 30 de Cultura y Valor “No me interesa levantar una construcción, sino tener ante mí, transparentes, las bases de las construcciones posibles” (Wittgenstein, 1995: 40).

Referencias

Knabenschuh de Porta, S. (2007). “¿Cómo leer a Wittgenstein?” En: *Revista de Filosofía*, v.25 n.56, Universidad del Zulia, Maracaibo

Lizcano, E. (2009). “Aula, laboratorio, despacho: los no-lugares del saber/poder global”. En: *Metáforas que nos piensan*, Bs. As., Biblos.

Rivera, S. (2013). “Epistemología sin sujeto cognoscente. Superación, disolución o sujeción de la subjetividad en Popper, Wittgenstein y Foucault”. En: Karczmarczyk, Pedro (Comp.) *Aproximaciones a la escuela francesa de epistemología*, volumen n° 10 de *Estudios de epistemología. Revista digital del Instituto de Epistemología*, Publicación del Instituto de Epistemología, Universidad Nacional de Tucumán.

Rivera, S. (2007). “Wittgenstein y las ciencias sociales”. En: *Hermenéutica Intercultural: Revista de Filosofía*, Núm. 16, Santiago de Chile, 2007. Revista con referato internacional.

Rojo, R. (2010). “Representación sinóptica (Übersicht). Antecedente paltónico”. En: Rivera, S. y Tomasini Bassols, A. *Wittgenstein en español II*, Remedios de Escalada, EdUNLa Cooperativa.

Rubinstein, D. (1981) *Marx and Wittgenstein. Social praxis and social explanation*, London, Routledge & Keagan Paul.

Wittgenstein, L. (2007). *Tractatus lógico-philosophicus*, Madrid, Alianza.

Wittgenstein, L. (1997a). “Filosofía”. En: *Ocasiones Filosóficas 1912-1951*, Madrid, Cátedra.

Wittgenstein, L. (1997b). “Observaciones a la Rama Dorada de Frazer”. En: *Ocasiones Filosóficas 1912-1951*, Madrid, Cátedra.

Wittgenstein, L. (1995) *Aforismos. Cultura y Valor*, Madrid, Espasa Calpe.